

NECROLOGIAS DEL DR. D. SALVADOR CARDENAL Y FERNANDEZ

Sesión del día 17 de febrero de 1928

PRESIDENCIA DEL DR. PI SUÑER

El Doctor Cardenal, cirujano.

POR EL DR. CORACHAN

Sólo el cumplimiento de un deber para cuyo cometido sé es poca mi capacidad, me impele a presentarme ante vosotros a fin de glosar en breves palabras la figura insigne del maestro de cirujanos y fundador de la moderna cirugía catalana: el malogrado doctor, don Salvador Cardenal Fernández.

Si el imperativo categórico de una designación que recayó en mí no me obligara a ello, creed señores, que no sería mi modesta persona la que os dirigiría la palabra en la memorable sesión de hoy, habiendo, como las hay, en nuestra colectividad, otras muchas orladas por muy altos prestigios. Fiel a la disciplina tradicional en esta casa, intentaré cumplir vuestro encargo, confiando en la benevolencia de todos.

En verdad, señores académicos, que la labor que me habéis asignado, es magna porque fueron tantos y tan excelsos los méritos del ilustre cirujano desaparecido, tan potente su personalidad y tan alta la trascendencia de su obra, que resulta extraordinariamente difícil elegir, entre los múltiples rasgos de su compleja figura espiritual, aquéllos que le caracterizaron esencialmente. Y más difícil aún hacerlo con brevedad y acierto.

Nació Salvador Cardenal Fernández, en Valencia, el 1 de Septiembre de 1852. Hijo de padre vasco y madre burgalesa, tenía como dice su excelente biógrafo, mi amigo San Ricart, la formalidad de los castellanos viejos, la tenacidad vasca, la impetuosidad y animación de los valencianos, junto con la adquirida característica laboriosidad del catalán.

Estas influencias étnicas se concentraron, afortunadamente, sobre un hombre poseedor de un cerebro privilegiado, que asimilaba con extraordinaria facilidad toda clase de ideas y hechos, de tal forma que, si así se lo hubiera propuesto, Cardenal pudiera haber sido igualmente un ingeniero reputado, un atrevido arquitecto o un experto abogado capaz de llegar a un puesto preeminente entre las glorias del foro.

Su formidable poder asimilador queda evidenciado, al remarcar la facilidad con que hablaba el francés, el italiano, el inglés, el alemán y leía perfectamente el ruso, poseyendo con estos inapreciables dotes de sabio políglota, uno de los instrumentos más eficaces para conocer las novedades científicas y enriquecer, cada un día, su cada vez más amplia cultura.

Fué, además, porque a ello le impelía su temperamento, un polemista formidable, imposible de abatir, ya que a las sólidas razones de sus argumentos, unía una dialéctica nada común. La extensión y solidez de su cultura científica, junto con las cualidades batalladoras de su espíritu, le permitieron realizar una cantidad de trabajo tan grande que hoy, al mirarla serenamente, favorecidos por la perspectiva que el tiempo le confiere, debemos considerarla como la obra de un titán, prodigioso en saber y actividad.

Embajador en nuestro país de los modernos procedimientos, que hace medio siglo revolucionaron la biología y la cirugía, gracias al genio de Pasteur, Lister y Terrier, tuvo que luchar

denodamente contra la eterna ignorancia del vulgo, contra las leyendas que se forjaban alrededor de los cirujanos extranjeros, contra la falta de medios y de ambiente de nuestros coterráneos, e incluso, y ello es lo más lamentable, contra el espíritu arcaico y soñoliento de algunos colegas, que vegetaban placidamente y se volvieron airados contra aquellas innovaciones audaces, que alteraban y perturbaban el plácido rutinarismo de las fórmulas y de los dogmas vinculados a la medicina de pretéritos tiempos.

Cardenal, después de doctorarse, el año 1872, establece las bases de su cultura científica, aprovechando todos los elementos de la medicina nacional y afanoso de perfeccionarse se dirige al extranjero, visita las clínicas más famosas, escucha las lecciones de los más ilustres cirujanos de la época, recoge lo mejor de sus enseñanzas y poseedor de tan precioso bagaje, regresa a nuestra ciudad entusiasmado, dispuesto a dar la batalla, leal y francamente contra todos los prejuicios, contra todos los atavismos que eran obstáculos al progreso y esplendor de la cirugía.

La lucha fué larga y enconada; su final os es bien conocido para que tenga que repetirlo aquí: el triunfo y avance constante de la cirugía en Cataluña es obra debida únicamente a Cardenal, la alta estirpe de cuyo nombre corre parejas con la alta esencia de su labor singularmente dogmática, didáctica y quirúrgica. ¡Tenga por muy merecido el título de Maestro que todos le dábamos y con el que pasará a los anales de la historia! Yo me atrevo a calificarle además, de Apóstol de la cirugía moderna.

Será justo, señores académicos, que antes de entrar en detalles de la vida del gran cirujano, pongamos de relieve las circunstancias determinantes de la apasionada vocación de Cardenal por la Ciencia Médica. No había sugestión alguna en la historia familiar de Cardenal que le impeliera al cultivo de la Medicina; su señor padre, ingeniero distinguido, profesaba una carrera tan distinta a la escogida por él, y, sin embargo, rodeado de un ambiente en el que nada le incitaba al cultivo de la disciplina hipocrática, Cardenal se hizo médico, y fué de *motu proprio* cirujano de la valía que todos conocéis.

Y ello fué así, porque con frecuencia el porvenir de los hombres, aún de aquellos elegidos para destinos superiores, lo traza el azar por una circunstancia fortuita que fija definitivamente el curso de la vida, inflamando el alma con entusiasmos de pasión elevada y nobilísima. En efecto, esta circunstancia se produjo a sus diez años de edad, cuando sufriera Cardenal una pleuresia que tardó largo tiempo en resolverse, y he aquí como una vulgar enfermedad, impresionando hondamente la sensibilidad del muchacho, se transfigura en el áureo alcázar de su espíritu en un acontecimiento extraordinario, que absorbe la actividad total de su intelecto, obligándole (en esta edad tan propensa a la distracción y al bullicio), a un formal trabajo de concentrada meditación, sobre el poder vital de nuestro organismo y el de los morbos que pugnan por vencerle.

Desde este momento, la dirección de su futura actividad quedó iniciada; la vivacidad de su inteligencia y el intenso poder de observación de su espíritu, reveláronse en Cardenal desde la más tierna infancia, y no es ésta una frase de encomio aplicada al caso con la facilidad de un clisé estereotipado, sino la enunciación concreta y clara, de una gran verdad, base evidente del éxito logrado en su profesión, y testimonio de una precocidad indicadora de las más altas posibilidades. Juzgad vosotros mismos, señores académicos; a los diez años de edad, con las imperfecciones ortográficas propias de su incipiente cultura, pero con una escrupulosidad tan minuciosa en la narración de los detalles que, ella sola ya le revela como el futuro gran clínico que todos conocimos, Cardenal, escribió la historia de su pleuresia, en cuya auto-historia que tituló *"Relación de la enfermedad que ha afligido por el espacio de unos siete meses, al Salvador Cardenal Fernández, escrita por sí mismo"*, se leen fragmentos tan admirables, tan perfectamente calcados en la realidad morbosa que sufría, tan justos de expresión y de un léxico científico tan adecuado y exacto, que muestran ya, por sí solas las primicias de su preclara inteligencia, desconocedora entonces de las más elementales nociones de medicina.

Y como que en materia de descripciones y de elogios, nada vale tanto como la realidad misma, oid, señores, como expone la exploración que le hiciera el Dr. Riu, famoso médico de Tárrega: "vinó el nuevo médico, me hizo desnudar y me tendió en la cama, me examinó el pecho y pronto halló en él un derrame ocasionado por la irritación de la membrana que cubre el pulmón; preguntó a mamá, que si hacía mucho tiempo que había tenido algo, y mamá dijo que

hacia unos tres meses que había tenido un constipado, de lo cual sacó el médico que habrá sido del tal constipado que se me habrá hecho o formado el derrame, y que la calentura que el otro médico tomaba por intermitentes era del mismo derrame; que la agitación al respirar era porque tenía un pulmón solo para hacerlo; pues el otro estaba aplastado por la fuerza del agua, de tal manera que llegó a abombar las costillas. Dijo pues, que esto sería necesario curarlo con cantaridas, y lo más prudente irnos con él a Tárrega a su casa misma. Ya está pues descubierta mi enfermedad que, con tres meses más podía ser incurable, pero que, a Dios gracias, se ha llegado a tiempo". En lo que hace referencia al tratamiento y curso de la enfermedad decía: "A las diez de la noche me metí en cama y me pusieron una cantarida en el lado izquierdo, esto es, en el sitio del derrame, un poco más abajo del lugar que ocupa el corazón, no sintiéndose los latidos de éste sino por la parte de la espalda, sitio donde está oprimido por la fuerza del agua. Al cabo de tres días encontraron el derrame sumamente disminuido, conociéndose tan notable mejoría, por medio de una cosa que hacía el médico poniendo una mano encima del pecho y golpeando con la otra. A esto le llaman percusión, y por este medio se conocía cada día el espacio que bajaba el agua, pues debajo del nivel que ésta formaba hacía un ruido obscuro, como en una pared maciza, y la parte que quedaba libre sonaba clara y sonora". ¿Queréis, señores, más propiedad en los términos y veracidad más exacta en la descripción, que la empleada por este muchacho casi un niño, de diez años y enfermo además, de pleuresia? Pues aun no es todo; falta que os lea otro fragmento de este su primer trabajo, para que comprendáis cómo, en esa edad tan temprana, ocupada generalmente por la alegría bulliciosa de los juegos, dió Cardenal muestras de la concentración de su espíritu y llegó a tener ya perfecto concepto de las lesiones anatómicas que las enfermedades fragan en nuestros órganos. Decía así el futuro galeno: "Entonces pues, al cabo de 15 días, el Sr. Riu me examinó nuevamente, y percutiendo en todas partes del pecho, con una mano y auscultando con un instrumento que llaman estetoscopio, encontró que el derrame estaba resuelto, sólo dijo que en la parte de atrás, en la del lado donde residía el derrame, en la extensión como de un poco menos que mi mano, había un punto que daba un sonido algo obscuro a la percusión, y una especie de alteración que el ruido no explicó, pero que dijo encontraba con el estetoscopio en el ruido respiratorio, cuyo fenómeno lo refirió, el señor Riu, al estado particular de infiltración y falta de extensibilidad, en que se encontraría el lóbulo inferior del pulmón izquierdo, a consecuencia del largo tiempo que fué comprimido por la fuerza del derrame". ¿Puede pedirse mejores razones, no ya a un muchacho, sino a un médico?

El sagaz espíritu de Cardenal, ávido de la verdad, lo heredaría seguramente de su padre, de cuya profesión de ingeniero ya hemos hablado; el escrúpulo de la exactitud, se trasluce en la fidelidad con que están trazadas sus primeras observaciones.

De esta forma, experimentando sobre sí propio, comenzó su iniciación en la medicina, favorecido por la circunstancia de ser, el Dr. Riu, médico de altos prestigios, que gozaba de gran renombre en aquella época, y al que acudían enfermos de todas partes. Efectivamente, el Dr. Riu, médico de un pueblo, había hecho largos viajes en su juventud y conocido las clínicas médicas más importantes del extranjero, por lo cual era tan grande su fama, que atravesando las fronteras, hizo que fuera llamado en consulta a Roma, Marsella y otras grandes ciudades.

Nada tiene pues de extraño que la fuerte personalidad de su bienhechor, que era además amigo de la familia y lo albergaba en su propia casa, ejerciera en el ánimo de nuestro biografiado, una honda impresión, no tan sólo de gratitud y respeto, sino de amor y profunda simpatía por la ciencia médica que él personificaba. Por eso a partir de esta época, la suerte estuvo ya echada: Cardenal, rompiendo la tradición familiar, pasaría a engrosar las huestes de Hipócrates.

Al efecto, y para realizar los estudios necesarios, tan pronto estuvo curado de su dolencia, ingresó en el Colegio de Valdemia de Mataró, donde cursó el bachillerato, distinguiéndose por su aplicación y clara inteligencia. Obtenido el grado, efectuó seguidamente los estudios de ampliación, entrando poco después en la Facultad de Medicina, donde se destacó entre sus compañeros que con frecuencia solicitábanle a que explicara los puntos difíciles de las asignaturas, siendo éste el origen de sus primeras lecciones privadas, revelándose en ellas como todo un maestro, grangeándole al tiempo que la admiración de sus compañeros algunos ingresos pecuniarios.

Terminó, pues, sus estudios con tanto aprovechamiento y eran tantos y tan sólidos los conocimientos médicos que poseía, que no fué para él dificultad alguna el ganar, por oposición, la plaza de Preparador Anatómico de los Museos de la Facultad, como ayudante del enciclopédico profesor Letamendi, adquiriendo en este cargo sus profundos conocimientos anatómicos y llegando a disecar más de mil cadáveres.

Pero no podía su inquieto espíritu subordinarse a la rutina del camino trillado; pronto sospechó que lo aprendido en la Facultad, no era más que un mal boceto del arte quirúrgico y le sobraba en efecto la razón, porque el estado de la cirugía barcelonesa, en el año 1874, cuando Cardenal concluyó sus estudios, era bien poco brillante, y muy rudimentaria, ya que su práctica se reducía a la amputación de miembros, extirpación de tumores externos, algunas autoplastias faciales, curación de fístulas y la talla perineal.

La mayor parte de estas operaciones, por no decir todas, supuraban abundantemente y no se obtenía la curación definitiva de las heridas hasta al cabo de semanas y meses de efectuada la intervención. Por aquellos tiempos, no se abría intencionalmente ninguna cavidad esplácnica, ni articular, muriendo infectados los enfermos intervenidos de labio leporino y de hidrocele, e incluso nos contaba Cardenal, que vió morir un sujeto a consecuencia de la dilatación de una ránula por repetidas hemorragias que nadie se atreviera a atajar mediante la ligadura de la arteria lingual.

No era pues nada halagüeño el estado y el porvenir de la cirugía en aquel entonces y no es de extrañar así que al hacer Cardenal expresa determinación de consagrarse por entero a esta ciencia tuviera que sufrir las chanzas y burlas de sus amigos quienes le zaherían diciéndole: ¡No creíamos que se necesitaran tantos estudios para ser barbero...! ¡crítica mordaz que reflejaba el menosprecio en que se tenía al actuante quirúrgico en pretéritas fechas!

* * *

Bien pronto, no obstante, las burlas debían trocarse en elogios, porque Cardenal que aspiraba a ser un verdadero cirujano marchóse al lado de los grandes maestros de entonces cubriendo sus gastos con el dinero que había ganado dando lecciones de Anatomía: en el año 1875 se dirige a París, por aquel entonces Meca de la cirugía y primero en la clínica de Pean, más tarde en la de Gosselin, Terrier, Broca y tantos otros, estudia, escoge y se asimila lo más sobresaliente de cada profesor, aguzando su espíritu de observación con el estudio prolijo de la sintomatología clínica mientras iniciaba su adiestramiento en las nuevas técnicas operativas.

Pero el númen inquieto de Cardenal no se satisface con estas enseñanzas; París resulta pequeño a sus ansias de saber; necesita verlo todo, oír a los mejores maestros, conocer nuevos senderos y llevado en alas de su generosa emulación, visita las mejores clínicas de Europa, estudia en Lyon y Berlin, pasa por Lieja, se dirige a Viena para trabar conocimiento más tarde con los quirúrgicos italianos. No quiere desconocer tampoco a los cirujanos belgas y se detiene en Bruselas, de paso para Londres, donde conoce al famoso Lister, el revolucionario de la cirugía.

Las enseñanzas de tan famosos maestros y el trato establecido con los mejores cirujanos e investigadores de Europa, despertaron en el ánimo de Cardenal un noble estímulo de superación que imprimió la ruta gloriosa de su actividad quirúrgica: de esta actividad prodigiosa en que le sorprendió la muerte cual reparador sueño tras larga jornada de laboriosa ejemplaridad.

En decurso del tiempo, el lento progreso de la humanidad se afirma con la ideología original emanada de los genios innovadores que revolucionan y cambian las normas directivas del saber, ofreciendo a las colectividades la perspectiva de nuevos horizontes y adelantos maravillosos; pues bien, Cardenal fué, para la cirugía barcelonesa, uno de esos innovadores y revolucionarios que forman época y abren con su audacia reflexiva y su valiente labor las puertas del templo del progreso, brindando altruismos y beneficios a la doliente humanidad, y se da el caso que ésta, más propicia a novelерías maravillosas que a los sencillos y racionales dogmas científicos, algunas veces, ha llegado a escarnecerlos y rechazarlos.

La lucha entablóse rudá y tenaz porque; frente a las nuevas doctrinas propugnadas por Cardenal y triunfantes en Europa, se situaron los adversarios del progreso que alimentaban con su quietismo, la deficiente cultura quirúrgica del público.

Afortunadamente, en abierta contraposición de iniciativas se colocan los hombres progresivos de la época, destacándose de entre ellos la figura del profesor Letamendi y más tarde Giné, Pi Suñer, Robert, Suñé Molist, Armangué, los Esquerdos y tantos otros que prontamente fueron atraídos a los beneficios de la nueva escuela.

En estas circunstancias, cuando el novel ejército de los modernos cirujanos se hallaba más necesitado de caudillo, un accidente vulgar, pero que pudo tener fatales consecuencias, hizo caer a Cardenal herido en plena batalla y herido en un órgano, como la mano, tan esencial para el ejercicio de la cirugía. Fué en efecto, un momento peligrosísimo para la nueva escuela y para su "leader", aquel en que Cardenal, sufrió una puntura anatómica al realizar la disección de un cadáver, sobreviniendo la infección de la mano con la pérdida del tendón del dedo índice. Pero su energía y el fecundo poder observador de su espíritu, supieron también sacar provecho de esta dolorosa circunstancia, debiéndose a la casualidad de la infección, su estudio acerca "*De los accidentes producidos por el virus cadavérico*", publicado en los números XIV, XVI, y XVIII del Archivo de la Cirugía de Letamendi; y afanoso como estaba de no perder el contacto con las ciencias médicas, aun dentro del tiempo que durara su parcial invalidez, presentóse a las oposiciones de médico de número, que por aquel entonces debían efectuarse en la Casa de Caridad, obteniendo brillantemente la plaza, cuyo cometido realizó largos años, encargado de la sección de mujeres.

Esta lesión que impidió a Cardenal el ejercicio de la cirugía por espacio de más de un año, diole ocasión para practicar la medicina interna y adiestrarse diariamente en el estudio clínico, pudiéndose afirmar que sus conocimientos quirúrgicos y médicos estaban al mismo nivel, quedando, por lo tanto aquéllos a tanta altura, que difícilmente desde el punto de mira clínico, podían superarse.

Curado de su lesión ingresó como cirujano de número en el Hospital del Sagrado Corazón de Jesús, en el año 1877 al frente de cuyo centro permaneció hasta el día aciago de su muerte, esculpiendo en sus quirófanos con su brillante escalpelo el gran edificio quirúrgico que había de construir en poco tiempo. Allí inauguró prácticamente las enseñanzas que había asimilado durante su estancia en las clínicas del extranjero y allí dió comienzo a sus notables intervenciones, que ni en sueño, podían haber sospechado la mayor parte de los médicos barceloneses de su época.

La mano de Cardenal fué de las primeras que en España entró en cavidades esplácnicas, verificó histerectomías, se insinuó entre superficies articulares y efectuó resecciones óseas; más tarde comenzó a intevenir ulcus gástricos mediante gastroenterostomias y recuerdo perfectamente que en el año 1902, operó con éxito una colecistogastrotomía. Esa intervención, como otras tantas, fué la primera en su género practicada en España, porque en punto a iniciativas quirúrgicas estoy firmemente persuadido, de que si se compararan rigurosamente las fechas de sus intervenciones, con las de otros cirujanos nacionales de su época, Cardenal detentaría la mayoría de las efectuadas en nuestro suelo por primera vez.

¿Qué puedo deciros de su técnica quirúrgica? Todos le habéis visto intervenir; brillante, rápido, pulcro, su manipulación operatoria reflejaba una seguridad asombrosa que la edad no pudo abatir; su técnica era tan precisa en los últimos años de su vida como en la época de su mayor esplendor; se verificó en él el milagro de la perenne juventud; y, sin embargo, no concedía importancia a la técnica, pues afirmaba que cualquiera que tuviese suficiente conocimientos anatómicos podía operar igual. ¿Como siempre, la modestia compañera del genio!

Y con ser como era, formidable técnico, más grandes eran sus conocimientos como clínico quirúrgico; sus diagnósticos diferenciales que trazaba desmenuzando las características de la dolencia, síntoma, tras síntoma, hasta constituir un concepto claro, concreto, del proceso y del terreno en que éste recaiga, era algo tan extraordinario que no tenía igual, y a ellos nos refugiábamos, todos en apelación, ya que Cardenal era por antonomasia el juez supremo de nuestra magistratura quirúrgica.

Constituía Cardenal, el tipo del cirujano que, ante el enfermo, razona como un internis-

ta, sienta indicaciones como un gran terapeuta, interviene cruentemente como un delicado artista y cuida al paciente después de la intervención con la debida solicitud, investigando en el laboratorio el líquido que extrae o la neoplasia que extirpa. Lo cual quiere decir que Cardenal no era meramente un especialista, sino una prodigiosa personalidad en la que se fundían armónicos el médico, el cirujano, el terapeuta y el hombre de laboratorio.

Este enciclopédismo dentro de la biología, al que actualmente no es posible llegar dada la complejidad creciente de la ciencia, otorga a Cardenal tan alto relieve, ensalza de manera tal su sabiduría, que a pesar de ser un contemporáneo nuestro, en algunos momentos en los que la duda nos asalta, llegamos a pensar si no fué su vida la de un ser legendario.

Pero no; la obra magna de Cardenal debióse tanto a los dotes privilegiados de su cerebro como a la ordenada laboriosidad de toda su vida. Ved si no, su biblioteca cuajada de volúmenes y repleta de revistas médicas, entre las que no faltaba ninguna, por lejano que fuera su país de origen; escoged cualquier libro, no importa cuál, y hallaréis en el mismo el sello indudable del estudio; notas con lápiz en los márgenes blancos de las páginas, conceptos subrayados con trazos de color, o bien interesantes anotaciones en las que testimoniaba su disconformidad con el autor del libro, acerca de algún punto trascendental del mismo. La obra clásica de Billroth constituye un ejemplar magnífico de su intensa labor, ya que toda ella se halla cuajada de anotaciones, cuyo estudio resultaría interesantísimo y seguramente tan provechoso como el del libro mismo.

Con idéntico cuidado y la misma escrupulosa minuciosidad, con que el maestro registraba todas las observaciones, noticias, ideas o artículos que podían serle de interés, no dejaba transcurrir un día sin que antes de retirarse a descansar y en una libreta especial, anotase las intervenciones verificadas en su decurso, siguiendo la numeración correlativa de las mismas y diferenciando su naturaleza con un trazo de color; rojo para las cruentas, azul para las incruentas.

Así vemos, que la última anotación que encierra su libreta, corresponde al 19 de abril, y la consigna de la siguiente manera:

A 19 DE ABRIL DE 1927.

Hospital; operación núm. 10.223. Laparatomía 2.794, corresponde a la apendicectomía núm. 508, practicada en tibio en una joven obesa.

La última gastroenterostomía que verificó fué realizada el día 12 del propio mes, y la señala en sus apuntes con las siguientes anotaciones:

A 12 DE ABRIL DE 1927.

Hospital; operación núm. 10.220. Laparatomía 2.793, correspondiente a la gastroenterostomía núm. 665, practicada por ulcus prepilórico con perigastritis.

Y al final de cada mes recopilaba, convenientemente clasificadas, el total de las intervenciones llevadas a cabo en su larga práctica quirúrgica, en forma de un estado tan interesante como concreto. El último registrado por su mano venerable, fué el siguiente:

A 31 DE MARZO DE 1927.

Laparatomías realizadas: 2.790, de las cuales corresponden a

335 ovariectomías.

554 histerectomías.

507 apendicectomías.

654 gastroenterostomías.

Encuentro a faltar otro parrafito que aclare lo de haber practicado Cardenal infinidad de pequeñas cirugías no incluidas en esta Estadística.

Todo pues, denotaba en Cardenal, el hombre metódico, ordenado, que sabe el valor positivo del archivo y los fallos lamentables de la memoria humana. Gracias a su estadística, al registro escrupuloso y sistematizado, de la larga serie de intervenciones llevadas a cabo en su vida activísima de cirujano ejemplar, podemos hoy abarcar en un breve esquema en cuatro grupos de cifras solamente, la admirable labor efectuada en defensa de tantas vidas como fueron confiadas a sus sabias manos, para honor y orgullo legítimo de su nombre y de nuestra profesión.

¿Qué más puedo aún decir de Cardenal como cirujano? Muchas cosas podrían aun reseñarse, acerca de una existencia quirúrgica tan original como activa, tantas, que bien podría hacerse un libro de su conjunto; pero no es está la misión que me encargásteis. Prefiero hablarlos

para terminar, de lo que, en buena lógica, no es fin, sino principio y esencia de lo que todos debemos ser y de lo que fué Cardenal: la ética de su carácter, que de ello también fué maestro y portento merecedor de imperdadera actualidad. Excusado es decir que no cultivó la operatoria de audacias, ni fué más allá de donde su conciencia y saber le puso límite.

Hidalgo en la conducta, era de una moral profesional tan acrisolada y pura, como enérgicamente intransigente. Disculpaba al equivocado sincero, y admitía controversia con las opiniones razonadas científicamente, pero aborrecía y condenaba al intruso, al arrivista, al hombre con diploma o sin él, cuya falsa ciencia, despreocupada e inmoral, se basara en una acrobacia cínica, sin respeto para los altos principios de humana caridad. Oíd sus mismas palabras cuando decía en esta misma Real Academia:

“Nos hallamos, señores, en una época de lucha encarnizada por la existencia: la necesidad apremiante en unos y la vanidad incorregible en los más, convierte muchas veces al hombre en temerario. Es incalculable el número de ilusos que se creen aptos para todo, que juzgan resultado tan sólo de la fortuna y de la audacia, la posición de los que van delante, y que no se enteran ni quieren saber nunca las obligaciones y quebrantos de una empresa cualquiera, sino sus beneficios y preeminencias. En nuestro peculiar terreno de la cirugía, como en muchos otros de la vida moderna, la práctica financiera por ejemplo, vamos viendo cada día con mayor frecuencia los deplorables resultados de la audacia en nuestra actual generación, lanzándose a emprenderlo todo y queriendo entrar en el templo de la fortuna, de la reputación y de la gloria, escalando sus ventanas, sin doblar antes la cerviz para pasar por su angosto portal, ni subir antes sus empinados peldaños.”

Tales conceptos fueron pronunciados el día 5 de Julio de 1894, cuando otro genio de la cirugía, el malogrado profesor Fargas, ingresaba en esta Real Academia.

Y con iguales o parecidas palabras, avaladas con la narración de pintorescos casos — muchas veces más deplorables que pintorescos — condenaba Cardenal incesantemente lo que la pureza de su ética repudiaba. Y he ahí el por qué de aquella su famosa pregunta, síntesis de su criterio moral, que estimaba preciso que todo cirujano se formulara cada vez que empuñase el escalpelo: ¿Propondría yo en un caso análogo lo que aquí aconsejo, y realizaría la intervención que indico si en lugar de tratarse de una persona extraña, se tratara de mis hijos, de mi madre o de mí mismo?

Así entendía Cardenal la profesión, y así la practicaba, porque como dijo Ambrosio Paré, “la ciencia sin la conciencia es la ruína del alma”, la destrucción del carácter y de todo aquello, de más noble y humanitario, que hay en nuestra cruenta profesión de cirujanos, a la que acude la humanidad doliente fiada, más que en la suficiencia científica de una técnica que no está en disposición de juzgar, en la bondad absoluta y en la honradez más estricta, del propósito que nos mueve a servirnos de ellas.

Nada pues, tiene de extraordinario que, hallándose adornado de tan preciosas cualidades morales e intelectivas, haya sido tan notada su irreparable ausencia, porque con ella ha desaparecido un alma muy grande, que palpitaba diariamente entre nosotros y que supo infundirnos su amor, su entusiasmo, su fe en la ciencia quirúrgica; un maestro, nuestro maestro, en la más amplia y noble acepción de la palabra; aquél que nos ilustraba con su vasta experiencia, nos estimulaba con su ejemplo y sabía mostrarnos, en la realización del acto operatorio, aquellas virtudes de método, serenidad e iniciativa que, junto con el exacto conocimiento anatómico de los órganos y las regiones, constituyen elementos indispensables para que las intervenciones tengan la necesaria eficacia.

En el libro de honor de la medicina catalana, el nombre de Cardenal perdurará eternamente como iniciador de la época moderna y esplendorosa de nuestra Cirugía; y la visión de su magna vida, agrandada por el tiempo y la distancia, se ofrecerá a las generaciones sucesivas de cirujanos como el mejor guía de su formación profesional.